

Reliquias milenarias

(Hipótesis)

“Tener la frente en llamas y los pies entre lodo:
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:
eso fuiste...”

GUILLERMO VALENCIA
(*Leyendo a Silva. - Ritos*)

Navegando por el Nilo, aguas arriba, y a unos ochocientos kilómetros de Alejandría, subsisten las ruinas misteriosas de aquella ciudad que los egipcios apellidaron “Us, cuna de Osiris, Señor de la eternidad”, que Homero celebró por sus cien puertas, y que el profeta Nahum quiso ensalzar regiamente para mostrarla luego desolada y abatir con esto las demasías y engreimiento de Nínive: “Eres tu acaso mejor que No-Ammon populosa que tiene su asiento entre los ríos y está rodeada de aguas, cuyos tesoros son el mar y cuyas murallas son las aguas? Su inmensa fortaleza eran la Etiopía y el Egipto, y tenía por auxiliares el Africa y la Libia”. (Cap. III, 7, 8). Allí puso sus reales y afirmó su trono Amón-Ra que es el Dios misterioso manifestado al mundo en el sol resplandeciente, y por eso, en el trato de la vida civil, la tal ciudad vino a llamarse “Apiú”, que es decir “Ciudad del trono”, de donde salió “Ta-Apiú” (porque era costumbre añadir ese prefijo a los nombres de antiguas ciudades), denominación, esta última, que debió de parecer a los oídos griegos muy emparentada con “Tebe”, y acabó por engendrar el nombre de Tebas que hoy usamos (1).

Estas dos últimas sílabas hacen recordar una historia gloriosísima y una opulencia extraordinaria. Evocan así mismo la majestad de los sepulcros faraónicos.

Porque en diversas épocas Tebas fue de verdad el corazón de Egipto. Allí fue a recogerse la sangre libertadora que derramada luego por todo el país de Chen, expulsó del territorio patrio a los “hicksos” procedentes del Asia,

(1) Estas etimologías las suministra Dümichen de Estrasburgo: Geografía del Antiguo Egipto. pg. 59.

y no paró hasta lanzarlos de su última plaza fuerte que era Amaris en el delta. Y allí mismo se templó y vigorizó la sangre conquistadora que alargó su poderío hasta Kusah, solar de los etíopes, hasta los estados ribereños del Eufrates y del Tigris, al propio tiempo que multiplicaba las hazañas desde la Arabia Meridional hasta los aledaños del desierto líbico (2).

También hirvió en Tebas la sangre generosa que renovó las artes bellas y pobló la comarca de templos y palacios que por su grandeza y hermosura podrían caer bajo la jurisdicción de la fábula. Ni las mil esfinges que bordeaban la vía procesional de Luxor, ni la sala de ciento treinta y cuatro columnas, mera dependencia del templo de Amón que comenzó Ramsés I y terminó Setí I, ni el santuario que Amenofis III, el Memnón de la leyenda griega, hermosteó con quinientas setenta y dos estatuas de Mut-Sechet, labradas en el granito oscuro de Hamemnamat, volverán a ser vistos fuera de los términos de la fantasía (3).

Y la misma Tebas que glorificó la vida, empleó su pujanza en pagar raro tributo de maravillas a sus reyes muertos. Para que durmiesen un sueño de perpetua quietud, esguazó el Nilo, dejó atrás la ribera occidental que el río fecunda y engalana, multiplicó en el desierto los milagros de la arquitectura, y en la “misteriosa colina del Oeste” (4), cavó las mansiones postrimeras de los faraones. Ni ellos, ni los primores y riquezas que guardaban habían de mostrarse jamás a ojos humanos, pues todo aquel fasto sepulcral constituía el dominio en que se holgaban la majestad y el poderío del Faraón en su vida ultraterrena (5). Por eso faltaron las apariencias fúnebres, y aun llegaron los egipcios a disimular solícitamente las entradas de los hipogeos reales, como si la grandeza de los señores tebanos no consintiera otra señal de su necrópolis que la pesadumbre del silencio y la desolación espantable que son características de este valle profundo amurallado por las montañas yermas de la Libia, y que los indígenas nombraron “ro-set” para significar “la puerta del mundo subterráneo” (6).

(2) Dümichen. o. c. pg. 48.

(3) Dümichen. o. c. pgs. 61 y siguientes.

(4) En eg'pcio: «ta scheta en amenfi». Dümichen. o. c. pg. 71.

(5) Moret. «Rois et Dieux d'Égypte». pgs. 121-122. (1916).

(6) Dümichen. o. c. pg. 71.

Las investigaciones arqueológicas frustraron el intento de los egipcios y violaron el secreto de las tumbas faraónicas. Año tras año las va descubriendo el afán de los sabios: a unos los estimuló Bonaparte (7), a otros los amestró Mariette-Bey, y los más modernos andan en pos de Carter y de Lord Carnarvon. Entre todos como que van logrando deshacer los misterios de la vida y de la muerte de los Reyes tebanos. Misterios, dije, y no me arrepiento, porque a estas horas y merced a la arqueología, no se satisfacen los hombres con reconstruir los anales del Egipto antiguo y averiguar las ideas que lo gobernaron, sino que anhelan reanimar las carnes momificadas seis mil años hace, para saber cómo se estremecieron a impulso de estos mismos amores y dolores que en toda la serie de los siglos han sido vida y muerte de la humanidad.

Largos estudios y tanteos costosísimos condujeron —de ésto hace algunos años— al egiptólogo Carter Howard (8) y a su constante favorecedor Lord Carnarvon, hasta la entrada del sepulcro, nunca antes sospechado, de TUTH-ANK-AMON, Faraón de escaso renombre en la historia de la XVIII dinastía. Fijan algunos eruditos (9) la época de su reinado entre los años 1358-1350 A. C.; otros hácenle intervenir en la contienda religiosa y política que se empeñó por aquel tiempo entre los partidarios de Atón y los sacerdotes de Amón, patrocinados por Tuth-Ank-Amon y al cabo triunfadores en el litigio. Llewellyn Griffith de Oxford (10) le atribuye la decoración del templo de Luxor, ejecutada conforme a los cánones artísticos de la escuela tebana que entonces salió del olvido en que la tenía puesta el realismo de los maestros de El-Amarna. Finalmente, a la diligencia de Maspero somos deudores de un busto de Tuth-Ank-Amon hallado en Luxor o en Karnak (11) y justamente celebrado entre las obras más hermosas del arte egipcio.

El retrato publica la juventud del Faraón, y Maspero está en lo cierto cuando afirma que hay allí claros vestigios de sufrimiento y de índole mediatubunda que cuadran muy

(7) Recuérdese la famosa «Description de l'Egypte».

(8) Desde 1899 preparaba el descubrimiento de la tumba de Tuth-Ank-Amón. Lo realizó el 4 de noviembre de 1922.

(9) «Times». W. E. Marzo 1 de 1923. pg. 227.

(10) Enciclopedia Británica. Art. Luxor.

(11) Maspero. «L'art en Egypte». pg. 102. fig. 343. (1915).

bien con “una tendencia a la consunción señalada por el artista con tanta verdad que provoca el diagnóstico de los médicos modernos” (12). Añadiré yo, que la inmovilidad decorosa de esta escultura sugiere la idea de un adolescente cohibido por las miradas de una asamblea ante la cual está exhibiendo su rango y dignidad de “imagen viviente de Amón”, que así se traduce el nombre de este Rey.

Los descubridores de su sepulcro, entretenidos en el examen y clasificación de las riquezas variadísimas que se guardaban en las diversas cámaras y dependencias del hipogeo, tardaron mucho en llegar hasta el sarcófago de Tuth-Ank-Amón: lo vieron apenas a través de una ventanilla labrada a cincel por M. Carter en el muro de la celda mortuoria, pero bastó esa inspección somera para certificar que el Faraón se envolvió entre oro y azul para dormir su último sueño (13).

Y juntamente con Carter pudo atisbar la maravilla el egiptólogo americano Breasted que se apresuró a manifestar su emoción a los lectores del “Times”, en esta forma:

“Los primeros arqueólogos admitidos a contemplar la cámara en donde yace el Rey, fuimos nosotros. Todo aparece allí en la misma disposición en que lo dejaron tres mil doscientos cincuenta años hace los sacerdotes y los empleados reales. Mas la miseria del lenguaje no acierta a reproducir el pasmo que nos sobrecogió al pasar por entre las estatuas de los dos centinelas que aun vigilan la puerta del sepulcro, cuyos sellos perseveran intactos, para sorprender al Rey en su reposo milenario” (14).

Y no se olvide que desde un mes antes los arqueólogos mentados no habían hecho otra cosa que contemplar los tesoros diseminados por todas las dependencias de la tumba: sandalias que un orfebre caprichoso sembró de lotos y de otras flores de oro macizo en torno de dos cabezas de pato, también de oro, para representar una escena de carcería acuática; broches que figuran una cabeza de leopardo; asientos sostenidos por cuatro cabezas de pato que afirman sus picos de marfil en dos travesaños de ébano; una estatua de madera incomparable por su hermosura y expresión exquisitas que representa a Ushabti, ejecutora de

(12) Ibidem. pg. 198.

(13) W. «Times». pg. 212.

(14) Ibidem.

las voluntades del Rey en la otra vida; arneses para el carro de triunfo y para el de batalla; lechos de ceremonia formados por dos monstruos uncidos, mitad hipopótamos y mitad cocodrilos con extremidades de gato; collares y brazaletes de esmalte azul y de ámbar negro; serpientes de oro que encuadran el jeroglífico "kheperu-neb-ra", o sea: "Ra, Señor de todo lo creado", y que consta de un sol de cornalina, de un escarabajo de oro y de un plato de turquesa y lapislázuli, dispuestos verticalmente sobre uno de los vestidos reales para que allí pudiera leerse ese título equivalente al nombre (*prae-nomen*) de Tuth-Ank-Amón.

Hallóse esta prenda en un cofrecillo de madera, ornamentado con una cacería de leones, dos esfinges antropomorfas que simbolizan aquí el poderío sobre los africanos, y con los *cartuchos* reales que repiten el nombre y apellido del Faraón que nos ocupa (15). Pero a trueque de continuar una enumeración e inventario forzosamente incompletos y desabridos, es preferible que nos imaginemos un extraordinario acerbo de riquezas artísticas, tan numerosas y acabadas que merecieron este juicio del profesor belga Jean Capart: "En la tumba de Tuth-Ank-Amón he comprendido mejor que en parte alguna, que todo está por principiar en punto de civilización, que las fuerzas de la decadencia son a veces tan poderosas como las del progreso, y que en esta época en que nuestra cultura y adelantos van desmintiendo su eficacia, debemos un homenaje de respeto a estos gigantes de otra edad que subieron a las más altas cimas de la civilización y allí se mantuvieron largos siglos" (16).

Estas palabras me autorizarían para concluir, si entre los objetos encerrados en el cofrecillo de madera no hubiera aparecido un guante de niño...

Hallazgo realmente peregrino, porque en primer lugar, nunca antes de ahora se habían encontrado guantes en las tumbas faraónicas, y en segundo lugar, tampoco habían aparecido hasta hoy vestidos y prendas infantiles, no obstante que los egipcios solían depositar muchos juguetes en torno de las momias para recordar los días de la niñez, de la misma suerte que pintaban y esculpían los muros de la sepultura para conservar un recuerdo vivo de todos los

(15) Todos estos detalles se toman de las ilustraciones publicadas en el citado «Times», pgs. 222 y 223. N. Y. Times, marzo 25 y abril 1, 1923.

(16) W. Times. pg. 212.

demás pasos, aventuras y escenas de la existencia terrenal. Agréguese, por último, que las dimensiones tan pequeñas del guante milenario nos obligan a suponer que quien lo usaba era casi un niño y que probablemente el Rey Tuth-Ank-Amón *no llegó a cumplir los diez y ocho años*.

Así lo están creyendo muchos arqueólogos cuyos pareceres, favorables siempre a la hipótesis de que este Faraón murió sin haber probado la plena juventud, pueden leerse en el "Times" londinense, autorizadísimo entre los órganos de publicidad por cuanto recibió directamente de Lord Carnarvon todas las noticias e informes relativos a sus descubrimientos en Egipto (17).

Pero estas conjeturas sobre la edad y sobre la muerte prematura de Tuth-Ank-Amón, la sombra de tristeza meditativa, y los rastros de hermosura casi femenina que aparecen en el busto dado a conocer por Maspero, abren camino fácil a nuestras divagaciones sobre lo que hubo de ser la historia íntima y la vida secreta del Faraón-Efebo.

Amenofis IV (1370 más o menos A. C.), segundo antecesor de Tuth-Ank-Amón, representa en la XVIII dinastía un papel considerable. Era el tipo acabado de un fin de casta soñador y místico, de agudo entendimiento y sensibilidad refinada, muy dado a las resoluciones violentas y extremosas. Con estas cualidades y defectos era natural que cobrase ojeriza contra la casta sacerdotal servidora de Amón, que por entonces disfrutaba ampliamente y sin reparos del poderío espiritual y del poderío terreno. Aquello se había consolidado a poder de las tradiciones religiosas hábilmente explotadas y con ayuda de intrigas cortesanas y de riquezas manejadas con gran tino. El nombre de Amón sonaba de continuo: si se conseguía subyugar a Siria y Palestina por el Norte, y a Nubia por el Sur, Amón era quien había dirigido los carros y los arqueros reales; los cautivos eran de Amón, y los tributos y gravámenes impuestos a las comarcas sojuzgadas engrosaban sin cesar el tesoro de Amón. Y en cuanto al gobierno interior de Egipto, la autoridad del Rey no tenía más sustentáculo que el beneplácito de Amón, manifestado —claro está— por mediación del sacerdocio. Cuando murió Tutmosis I, sobrevinieron largas querellas dinásticas y los Faraones iban y venían por los caminos del trono o del destierro según lo

(17) Ibidem.

que conviniera al sacerdocio, pero en todo caso, ya sea que gobernara el Faraón legítimo o que se entronizara la reina usurpadora Hatshopsitu, no había de faltar en palacio un representante de Amón que no tenía más títulos que estos: "Profeta en jefe de Amón, Rector de todos los profetas del Sur y del Norte, Gobernador de la ciudad de Tebas, y Vizir de todo el Egipto" (18).

A Amenofis IV se le antojó sobrado fastidiosa esta servidumbre y decidió acabar con ella antes que el sacerdocio acabase con la realeza faraónica, como sucedió puntualmente al concluirse la vigésima dinastía.

Y se puso a la obra con tal empeño y con saña tan original, que al cabo de diez y seis años no quedaban ni aun los jeroglíficos de Amón en los monumentos públicos, ni se oía su nombre porque estaba prohibido pronunciarlo. El Rey mismo dejó de llamarse Amenofis, que equivale a "Paz de Amón", para apellidarse Kunatón, que significa "Agradable a Atón", es decir, al Sol, forma sensible de Ra, que era el más antiguo y popular de los dioses egipcios (19).

A más de esto ordenó Amenofis una desamortización general de las riquezas de Amón en provecho de Atón, y para ahorrarse ulteriores molestias con el nuevo sacerdocio, las administró por sí mismo (20).

Una vez desposeída y abominada la casta sacerdotal de Amón, empleó ella sus ocios forzados en urdir contra Amenofis toda suerte de maquinaciones y trapisondas, tales y tantas que extenuado el Rey por esta lucha permanente, sucumbió a lo último víctima de una vejez prematura.

Libres de su enemigo alzaron los sacerdotes un lamento compungidísimo que debía atraer sobre ellos la atención de sus conterráneos: "el mundo ha vuelto al caos, los bienes de los dioses fueron devastados desde Eléfantina hasta el Delta, sus santuarios se han ido noramala, y sus campos se tornaron en yerbales misérrimos, sus almacenes y sus recintos sagrados han sido presa de los pasajeros rapaces. El mundo quedó mancillado, los dioses se marcharon volviendo la espalda a los hombres y con el corazón asqueado" (21).

De los gemidos pasaron a las represalias que tal vez turbaron los años siguientes a la muerte de Amenofis IV; un poco después se apercebieron a conquistar su antigua omnipotencia. Mas para ello necesitaban de un Faraón tímido y complaciente que se dejara manejar a gusto del sacerdocio de Amón y que, guiado por él, empleara su autoridad en desbaratar las leyes de Amenofis, del "vencido y criminal Koutatón", que así lo designaron más adelante (22). Pero... ¿y de quién echarían mano para redondear este negocio?... ¿quién podría darles garantías de obediencia incondicional?...

Por dicha, la elección no era difícil. Andaba por ahí un descendiente de Amenofis III, recién salido de la infancia y más allegado por su aspecto a la gracia endeble que a la esbeltez y reciura varoniles. Seducíanle el fasto y la opulencia artística porque de la vida y del mundo no quería sino lo que fuera hermoso y raro. El emperador Adriano lo habría definido: "Animula vagula, blandula", y el moderno Rosny se habría apresurado a reconocerle "L' intelligence pleine de rêves qui avait fait déchoir sa race". Así me figuro yo a Tuth-Ank-Amón, y así debió de ser en realidad, porque si nó, ¿cómo hubieran logrado los partidarios de Amón recobrar su influencia y poderío a sombra del Rey? Diéronle pues, y a manos llenas, tesoros y preciosidades suficientes a embelesarle en vida y a rodearle ya muerto de esta pompa extraña que en pleno siglo XX fue admiración del universo; dejáronle que se abismara en la majestad de los ritos espléndidos y dieron al espíritu inquieto y sutil del Faraón-Efebo, el pasto inagotable de las pompas misteriosas. Mientras tanto el sacerdocio atendía a menesteres de mayor fuste y lograba por pronta providencia y merced a una nueva desamortización, apoderarse con creces de todos los bienes y rentas que Amenofis le había confiscado. A los saqueos y pillajes perpetrados en beneficio de Atón, sucedieron saqueos y pillajes en alabanza y provecho de Amón, la memoria de Amenofis IV fue proscrita y cruelmente escarnecida en homenaje a las ideas que llamaban tradicionales, y el poderío sacerdotal quedó tan bien afianzado que a la muerte de Ramsés pudo alzarse el sumo sacerdote Hrihor con la soberanía faraónica y decir enfáticamente que "todos los países le

(18) Breasted: Ancient Records. II. pg. 160. «Recueil» de Legrain XXIX n. 83. y en Bibl. Egyptologique IV. pg. 84. sobre la «estela» de Lyon.

(19) Moret. o. c. pgs. 55 y 56.

(20) Breasted. o. c. II. pg. 405.

(21) Legrain. La grande stèle de Toutankhamon. ap. Recueil. XXIX. pg. 167

(22) Loret-Moret. «Inscription de Mes».

estaban sometidos y que los grandes de Rutenu besaban todos los días la tierra delante de él" (23). Sucedió esto al terminar la vigésima dinastía (1050-940) y pocos años después sucumbió el imperio ante la dominación extranjera de los Bubástidas.

Tuth-Ank-Amón no era lerdo y comprendió las añagazas sacerdotales. Supo muy bien que a favor de su enajenamiento de la realidad y de sus aficiones fantásticas los fieles servidores de Amón le habían suplantado en el ejercicio ya que no en el título de la soberanía. Esquivo y refractario por temperamento a toda lucha, principalmente si había que contrastar ambiciones vulgares, Tuth-Ank-Amón se resignó, y ante la furibunda codicia de mando y de riquezas que se apoderó de la casta prepotente, apartó los ojos de aquella brega sórdida y los puso en sí mismo diciéndose acaso lo que Segismundo:

"Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos..."

Pero quién sabe si algunas veces, espiando el descenso de Ra por Occidente y viendo como apartaba de la tierra "su luz, lazo de amor con que la ciñe, para dejarla envuelta en las tinieblas como una momia fajada por el embalsamador" (24), pensó Tuth-Ank-Amón en la mocedad hervorosa que le sostenía de presente a poder de sentimientos e ilusiones tan agudos como exóticos, pero que no muy tarde lo iría abandonando hasta dejarlo en mitad de la senda desabrida que trajinan los hombres, huérfanos de amor e ignorantes de la hermosura. A esas horas, cómo sonarían en su interior las exultantes promesas de Harmakis:

"Sean tus días venturosos!... Deléitese tu olfato con perfumes y esencias. Haya guirnaldas y lotos para adornar los hombros y la garganta de tu hermana querida. Gózate en el canto y en la música, menosprecia los males para no pensar sino en el placer, mientras llega el día de arribar a la tierra de la diosa que ama el silencio!" (25).

Y cuando advirtiera que el corazón iba resfriándose,

(23) Dümichen. o. c. pg. 448 y siguientes.

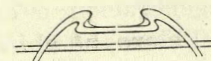
(24) Breasted. De hymnis in solem sub rege Amenophide IV conceptis. 1894

(25) Textos de Moret: «Au temps des Pharaons». pgs. 241-242-243. Véase además Maspero: «Causeries sur l'Égypte». pg. 125.

y que las lumbres interiores palidecían, y que las visiones de antaño se enturbiaban, y que la brillantez del entendimiento se empañaba; cuando asistiera dentro de sí mismo, como asistía cada tarde desde el mirador de su palacio, a "las lentas agonías de lo blanco", ¿de dónde sacaría fuerzas para conllevar esa vida de Faraón esclavizado e inerme?...

Tuth-Ank-Amón no probó esa amargura porque la muerte se apoderó de él apresuradamente. Ignoro si fue voluntad suya que le sepultaran con desusada magnificencia; lo que sí afirmo es que ordenó poner en las vecindades de su sarcófago y en un cefrecillo de madera el guante de lino que protegía la mano pequeña y suave con que palpó la vida.

LUIS SORACTA, Colegial.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico